

Hartura

Hoy estoy harto. Estoy harto una *hartá*, como dicen en mi tierra. Todo empezó esta mañana. El despertador, que me suena todos los días, hasta los domingos, que me olvido cambiarlo, no sonó. No sé qué puñetas le pasó, pero no sonó. Y no me despertó, claro y yo tampoco me desperté porque anoche me quedé a ver una estúpida película en la caja tonta y me acosté tarde. Tenía una reunión importante a las nueve y me despertó a las ocho y cuarto una maldita excavadora, en este caso, bendita, de la obra que tengo enfrente de casa. Tenía que desayunar, afeitarme, ducharme, vestirme y sacar al perro antes de salir de casa. Tomé sólo café con leche, renuncié al mejor pitillo del día y me afeité, me duché y me vestí en menos de cinco minutos, recordando mis tiempos de la mili. Todo un récord. Mientras me vestía advertí a mi perro: hoy una meada, larga si quieres, y nada más, que tengo prisa. Bajamos, fumé el mejor pitillo del día, con tiempo porque mi perro, como era de esperar, no me entendió, meó seis veces y cagó dos. Aún así a las nueve menos veinte estaba buscando taxi a la intemperie, con un frío de mil pares de narices y sin abrigo, que lo olvidé en casa. A las nueve y cuarenta minutos llegaba a las oficinas del cliente. Lo del taxista... mejor no contarlo. Por fin llego. Control de seguridad, tres personas delante de mí. Enciendo un cigarro, estoy casi en la calle y supongo que puedo. No puedo. Lo apago. Subo. La secretaria me dice que ya están reunidos con otro proveedor, que tienen hoy una agenda muy apretada y me recuerda que llegué tarde. Me voy. Lluve y no encuentro taxi. Me calo y comienzo a temblar como un pajarillo mojado. Entro en una cafetería. Pido café muy caliente, me quemo pero aguanto... entro en calor. Me sereno, dejo de temblar, enciendo un pitillo, ¡ah!, pobre de mí. Un camarero y una cliente se abalanzan sobre mí: “¡Eh, que está prohibido fumar!, ¿es que no conoce la ley?”. Me voy a la puta calle, pero no pago, que se jodan. Sale la señora que me increpó, me mira con una sonrisa de asco y me dice: “¡Qué! Fumando en la calle, ¿no?”, “No, señora, estoy echando un polvo, ¿no me ve?”. “¡Grosero!”. “¡Entrometida!”.